

El turismo en Ocaña

Mario Javier Pacheco García*

Estamos próximos a recibir centenares de visitantes atraídos por las celebraciones del tricentenario de la Virgen de Torcoroma, la morena del árbol que traduce el sentimiento de la ocañeridad en los cuatro puntos cardinales del orbe y que nos hace emprender como a las aves, una ruta migratoria anual hasta el santuario. En la cercanía del evento es necesario preguntarnos si Ocaña, nuestra cuatricentaria ciudad está preparada para recibir a peregrinos, curiosos y devotos y la verdad es que no.

Aquí se habla mucho del turismo, de la industria turística y de sus grandes potencialidades para generar riqueza y empleo, pero nadie lo practica en la forma que se requiere, hace un año si no estoy mal el SENA convocó a unos cursos sobre turismo y mi sorpresa fue grande cuando observé a los estudiantes, entre ellos algunas amigas y amigos míos que siempre se han caracterizado por ser muy modositos en el vestir, con tenis de marca, de suela gruesa, mochila y cachucha y cuando les pregunté, que para donde se dirigían me contestaron – a hacer turismo.

Me quedé sin habla, o el SENA está desfasado creyendo que esto es San Gil, o de la noche a la mañana Ocaña se convirtió en un sitio para el turismo extremo y no nos dimos cuenta.

Ocaña tiene todas las características para desarrollar una industria turística de carácter religioso, histórico y cultural, a pesar del escepticismo radial de uno de los candidatos que piensa que la cultura no vende y aunque algunos “intelectuales” que se quedaron rumiando en los abrevaderos de los años sesenta piensen que es basura.

En Ocaña hay cosas para mostrar y que nosotros no vemos de tanto que las miramos, este es un destino turístico sin descubrir. Comenzando por el clima del que hablaron en el pasado Caro, Bolívar y Santander y seguimos hablando nosotros, también por sus calles trazadas con la geometría de la emboscada, por sus procesiones, por sus celebraciones y fiestas, por su Desfile de los Genitores declarado por Ley 1046 de 2006 Patrimonio Cultural de la Nación.

Cada iglesia nuestra, cada monumento, cada calle, tiene una historia para contar, pero hay que apropiarnos de ella, como se apropian los negritos cartageneros que a pie descalzo lo conducen a uno hasta la imagen de la India Catalina y nos echan el cuento de memoria, así sea tergiversado, o frente al monumento a los zapatos viejos haciendo alarde de identidad y a media lengua nos recitan el poema de Luis Carlos López, el inmortal “tuerto”.

Ocaña tiene una incipiente estructura hotelera pero la tiene, comenzando por el Hotel Hacaritama, que es un sitio atractivo y acogedor y una red de restaurantes que comienza a extenderse por los lados de la circunvalar con toda clase de platos, ente ellos los típicos, que dicho sea de paso, nunca he podido entender como no progresan los sitios de ventas de arepas ocañeras, con tanto que venden donde Mary Luz a unos pasos de Omega o frente al

Museo Antón García y siguen con sus butaquitas y sus mesas baratas, o tal vez es que esto forma parte del atractivo.

Nos hace falta el criterio de lo que es Ocaña turística, y del impulso que desde lo institucional debe dársele como industria generadora de empleo y de riqueza, pero habrá que esperar a la posesión del nuevo alcalde, que esperemos sea un hombre con saberes de cultura, para que cree la oficina de turismo con las connotaciones para el progreso que esta contiene.

Al releer el hermoso escrito de Páez Courvel sobre nuestras calles, me pareció egoísta no mostrarlo para los que no lo conocen y para quienes ya lo han leído lo vuelvan a disfrutar:

“Calles de mi tierra, trazadas por la geometría de la emboscada, prestas a la asechanza, recogidas en el silencio, abrazadas a los caminos, en perpetua vigilia; calles de mi tierra, tatuadas en su piel centenaria, fino guadamacil adobado al fuego de las pendencias, con historias fabulosas, iluminadas por la tragedia; por aquel rincón amable, discretamente cordobés, fulgió el revuelo de las espadas por los embelecos de doña Beatriz, la más bella rapaza de los contornos; por aquella calleja, aciaga y melancólica, pasó el torbellino de los Colorados, con don Jácome, el Caudillo, sobre caballos desbocados, fragmetito vivo de un friso legendario (...)”

*Historiador. Mariojavierpacheco@gmail.com